

Noche de Bodas (El sobrino)

Obra para Micro Teatro

Autor: Javier A. Pino Betancourt.

Noche de Bodas (El sobrino)

PERSONAJES

Miguel Ángel (Tío): Hombre de 36 años. Homosexual, un poco afeminado. Vive con su madre. Viste traje formal, bajo sus ropas usa ropa interior blanca: franela, *boxer-shorts* y medias.

David (Sobrino): Adolescente de 16 años. De musculatura definida. Su piel es suave y al mismo tiempo firme, de cabello negro. Viste traje formal, debajo de sus ropas usa ropa interior blanca: franelilla y *boxer-briefs*.

Noche de Bodas (El sobrino)

ACTO ÚNICO

Luego de una boda que terminó antes de lo esperado, los invitados decidieron seguir la fiesta en el apartamento de sus familiares. La sala se encuentra atestada de centros de mesa y familiares que duermen en camas improvisadas con muebles, colchonetas y cobijas.

A su paso, Miguel organiza la sala, recoge las botellas que se encuentran regadas y arropa a uno que otro niño. Evitando pisar a los invitados que duermen en el piso, entra a su habitación.

Escena 1: Apetito

MIGUEL ÁNGEL: Siempre he vivido con mamá. La mayor parte del tiempo estamos bien, pero, a veces puede ser insopportable. Cuando vivíamos con mi padre, ella nunca pudo tener visitas, ahora que él no está, la casa nunca está vacía.

El desfile de invitados que recibe es tanto extenso como grotesco: tíos infieles; primos que vienen a buscar trabajo a la ciudad —y que nunca lo consiguen—; primas en proceso de divorcio; sobrinas sin marido que cargan a sus hijos a cuestas... Nunca he entendido como siendo tan mayor, mamá soporta tanto ruido y desorden: el llanto de bebés, el escándalo de las cosas que se rompen, las impertinencias de los hombres y los terrores nocturnos de los niños.

Nunca me he quejado. Al contrario, para ayudar a mamá les cocino a los tíos; lavo las ropas de los primos desempleados; les busco abogados a las primas que inicialmente quieren divorciarse, pero que al final siempre regresan con sus maridos; y ayudo a las sobrinas cuando están hartas de sus exasperantes retoños.

Miguel, mira hacia la puerta que da a la sala.

Algunas veces me pregunto por qué hago estas cosas. Me pregunto en qué momento me convertí en esto: la muchacha de servicio que atiende a los hombres de la casa y limpia los culitos de los bebés cuando sus mamás están viendo TV. Creo que lo hago para no ver a mamá esclavizada por otros...

Estos últimos años viviendo con ella me han llevado a entender a mi padre, a pensar en irme como lo hizo él y hacer mi propia vida; dejar a Mamá sola y que disfrute a su familia que detesto. Pero no tengo el corazón para hacerlo, y que se sienta doblemente abandonada.

Yo sólo deseo que mamá esté contenta, igual que mi padre aunque se haya ido. Y yo... quizás la felicidad no es para mí.

Escena 2: Estímulo

Miguel comienza a desvestirse.

MIGUEL ÁNGEL: Ya debes saberlo, David: mamá es una mujer espectacular, ¡espléndida! Apenas escuchó que su sobrina se había separado del ogro de su marido —tu padrastro—, la invitó a vivir con nosotros inmediatamente.

Al principio pensé que de todas las visitas que habíamos recibido, la de Uds. era la más inconveniente. La sobrina vino acompañada con tres hijos: el menor, que a sus cinco años sufría de terrores nocturnos; el del medio, un niño de diez años muy inteligente; y tú David, de catorce.

Se retira el saco y la camisa.

MIGUEL ÁNGEL: Al pasar los meses, los niños comenzaron a llamarme tío. La realidad es que realmente era más cómo su tía: mientras su mamá trabajaba, yo les lavaba los uniformes, les hacía el desayuno y les ayudaba con las tareas. Y a pesar de ser el mayor, también empezaste a llamarme tío...

Se retira el pantalón.

MIGUEL ÁNGEL: Inicialmente sentí ternura. Ver como ayudabas a tu mamá desde tan joven me encantaba, me sentía identificado. Cuando tu papá llamaba para discutir con ella, sugerías jugar al escondite con tus hermanos para distraerles. Yo participaba de esos juegos y a pesar de nuestras edades, nos imaginaba a todos como niños.

Miguel Ángel está sentado en ropa interior en la cama.

Me gustaba sentarme a tu lado para ayudarte con las tareas del liceo. Inventaba excusas para tocarte: una palmada de felicitación, jugar al escondite a oscuras para sorprenderte... Cuando reías, una calidez llenaba mi pecho.

El sobrino entra en la habitación sin prestarle mucha atención a Miguel.

Se detiene frente a la puerta del baño como esperando un ascensor.

MIGUEL ÁNGEL: (*representando ambos la acción*) Al año de estar con nosotros, subíamos el ascensor. Viste mi mano y notaste una de mis esclavas de plata. Me dijiste que la querías. La verdad, no tenía mayor apego a ella, pero por instinto te dije que no podías tenerla. Te reíste, y como retándome te pusiste en posición de ataque. Te lanzaste a mi mano, y te esquivé colocándola detrás de ti. En menos de un segundo, sujetaste mi mano y te diste vuelta. Mientras te esforzabas por alcanzar la esclava, yo hacía amagos de detenerte, tenía tu nuca en mi cara, podía oler tu cabello, sentir tu cintura en mi entrepierna. El tiempo se detuvo. Ambos lo hicimos... ¿lo imaginé? El ascensor llegó a su destino. El segundo eterno terminó... ¿ocurrió algo realmente? Entre risas te separaste. Dijiste que ya no la querías.

David se separa y entra al baño.

MIGUEL ÁNGEL: David, a tus quince años te imaginé inocente de lo ocurrido. Ese segundo de goce en el ascensor dio paso a horas de culpa. Me sentía frustrado, insatisfecho. Me torturaba una y mil veces con preguntas: “*¿Qué le quieres hacer?*”; “*¿Qué le vas a hacer?*”. Aún hoy repito estas preguntas cada noche, y me obligo a no darles respuesta. Siento frío cuando pienso en lo que significa, en lo que *eso* me convierte.

Desde entonces me volví un hombre hurano, comencé a encerrarme en mi cuarto. Con la certeza de que no hay nada más terrible que saber lo que uno *necesita*, y que no se *puede* tener...

Se ilumina el baño de la habitación.

David se lava el rostro y comienza a desvestirse.

MIGUEL ÁNGEL: Cuando terminó la fiesta, mi madre ofreció la casa a casi todos los invitados. Por lo general, las visitas me parecían molestas, pero esta vez fue una exageración!

Estaban todos juntos: los tíos infieles, los primos desempleados, las primas que no se habían divorciado y —si bien ya me había acostumbrado— seguían David y sus hermanos.

Éramos demasiados. En la casa simplemente no había suficiente espacio para todos. Yo, que nunca he pedido nada, que nunca he movido un dedo por mi propia felicidad me atreví a hacer una sugerencia. Para que todos estuvieran un poco más cómodos, propuse que David, el más alto de los sobrinos, durmiera en mi cuarto —en mi cama, conmigo—.

Mamá estaba sorprendida. Una regla no escrita de las visitas, era que nadie durmiera en mi habitación, por lo que todos pensaron que estaba siendo generoso y considerado. También saben que duermo con la puerta cerrada y esta noche no sería la excepción. Nadie tuvo una mejor idea, y él no se opuso...

David en ropa interior se admira en el espejo.

Miguel mira en dirección a David.

MIGUEL ÁNGEL: Eres deliciosamente adolescente, David. Creciste y te convertiste en un joven atractivo. Tus hombros y pecho se ensancharon, tu voz se hizo más grave —incluso más que la mía—. Varias veces te desvestiste frente a mí y te observé sin que te dieras cuenta. Tu piel se hizo más firme; tus tetillas, antes rosadas, se oscurecieron un poco. La silueta de tu miembro bajo el interior creció... Tiene nombre lo que me ocurre, David: *necesito tocarte*. A mis 36 años tengo sueños húmedos en los que rozó tus tetillas, muerdo tus labios rosados y con voz profunda me ordenas: “*Muérdeme, tío..., agárralo, tío...*”. Me despierto en las madrugadas a hacerme pajas, sin las que habría perdido la cabeza.

Ambos se rozan la entrepierna.

MIGUEL ÁNGEL: ¿Cómo no desear tu cuerpo desnudo, tu piel blanca y tus labios rosados, David? ¿Cómo no anhelar tu pecho, tus muslos y tus lunares?

Miguel se acuesta. Silencio.

Escena 3: Tensión

David se lava el rostro como para despertarse.

DAVID: ¡Tremenda fiesta! Me levanté a una catirita y bailamos toda la noche. Cuando me la presentaron me dijo que estudiaba en un colegio de monjas. Yo me imaginé que era una santurrona, ¡pero nada que ver! La chama era candela, cuando bailaba me rozaba con sus nalgotas... Me dijo que el ron la ponía “sabrosita”, y dos veces dejó que mis dedos le hicieran “cosquillas” debajo de la falda cuando estábamos en la mesa. Con tremenda sonrisa, pretendía que íbamos a tomarnos una foto, decía en voz alta “*selfie*” y me agarraba el güevo.

La fiesta terminó y yo quedé picado, picaísmo. Al llegar a la casa tenía las bolas adoloridas y una parazón que no bajaba. Me dejó su número en el celular: “Lucía”. Lo cambié a “Lucía, la católica”.

Todos nos vinimos a casa de mi tío Miguel. Todos menos los novios, por lo visto. Si ya me parece que la sala es pequeña para nosotros —mis hermanos, mi mamá y yo—, esto ya es una exageración... Parece un galpón chino: ropa tirada por todos lados, cobijas y colchones regados, gente durmiendo una encima de la otra...

Cuando el tío sugirió que durmiera en su cuarto, me quedé tranquilo. Por lo menos dormiría en una cama. Ya en el baño me di cuenta que mis maletas estaban en el medio de la sala y que no podría cambiarme. Tendré que dormir así.

Hablando claro, estoy un poco cortado. El tío se ha portado de lo mejor con nosotros, especialmente conmigo... Pero se me hace raro que hoy me dejara dormir con él.

El adolescente entra en la habitación.

Miguel está cautivado ante la visión de David.

El tiempo se detiene.

DAVID: (*representando ambos la acción*) Me subo a la cama, pasándole por encima, para acostarme del otro lado. Cuando el tío me ofrece la cobija, la rechazo — ¿por qué si somos dos,

hay una sola?— y cierro los ojos.

Escena 4: Climax

Miguel duerme.

El adolescente está en la cama.

DAVID: Han pasado un par de horas y me doy cuenta que no voy a poder dormir así. No dejo de pensar en Lucía... en sus nalgas y sus teticas, en cómo me lo agarraba y lo caliente que se sentía debajo de su falda.

Le doy la espalda al tío, para que no se dé cuenta, aprovecho y me lo sobo un poco. Boca abajo lo presiono contra el colchón. ¡Qué mierda es vivir arrimados! No poder hacerme la paja cuando quiero, dormir en la sala, tener que hacérmela callado para que nadie se despierte y acostarme con el interior lleno de leche.

Lucía me la debe: no voy a poder dormir sin acabar primero. Por eso me doy la vuelta y veo al tío de espaldas... me da risa pensar que puedo tocarle el hombro y resolver el problema. Salto de la cama y voy al baño.

Me subo la franela y al verme en el espejo del baño me doy cuenta de que las barras están rindiendo frutos. Más abajo parece que llevo un pepino... ¡estoy durísimo! Cierro los ojos y me lo saco. Imagino a Lucía frente a mí, arrodillándose... confesándose como buena niña católica... enumerando cada uno de los pecados que quiere hacer conmigo... escupo en mi mano derecha y dejo que ésta se convierta en su boca, chupándomelo.

Pretendo que Lucía me acaricia, mientras mi mano izquierda recorre mi pecho... el roce y la sensación de sus uñas en mi piel se hace más fuertes, convirtiéndose en rasguños. ¡Me pone a mil! Mi mano izquierda busca a Lucía... sus tetas redonditas... su culito... ¡Mis nalgas se convierten en las suyas! Las manoseo, las pellizco... ¡quiero morder mis propias nalgas! Escupo bastante en mi mano derecha, quiero sus labios por más tiempo. Su boca cálida y húmeda me

lleva al cielo.

Cuando la saliva se seca, puedo verlo claramente, la mano había pasado a ser la de un hombre. Pero, no es la mía, es la de mi tío Miguel... tal y como la recuerdo de tantas palmadas y sobadas de hombro. La mano seca sigue los movimientos de arriba a abajo con firmeza. La imagen me confunde. Quiero los labios de Lucía de nuevo, escupo de nuevo para seguirme frotando.

Tomo mi mano izquierda y mojo mi dedo con saliva, cómo lo hizo una chama en el liceo, para rozarme entre las nalgas —para que mi tío Miguel lo hiciera—. Ambas manos suben y bajan con firmeza.

Las caras de Lucía y Miguel se mezclan. Estoy al mando y los dos deben darme placer: “*Así es Lucía... apretadita, mojada..., no pares...*”; “*Sí... tío, frótame... más rápido... mételo de una vez*”, les ruego porque estoy a su merced.

Cuando siento mi uña abriéndose paso, no aguento más... Abro los ojos y apunto al lavamanos. Lo imagino como una gran boca, no importa de quién: Lucía o Miguel; Miguel, el católico, o la tía Lucía; o cómo sea. En medio de escalofríos, la leche caliente sale a borbotones y cae sobre la cerámica azul.

Me recupero. Me limpio y el agua fría me hace brincar... Pienso en llamar a Lucía al día siguiente. El cansancio me tumba los párpados.

Regreso al cuarto. Veo a Miguel y me pregunto, ¿en qué pensará cuando se masturba?

Escena 5: Resolución

Miguel acostado.

El adolescente camina a la cama.

MIGUEL ÁNGEL: David se acerca... y yo me acuesto boca arriba. Para recostarse al otro lado de la cama, me pasa por encima. (*David está frente a frente con Miguel, el tiempo se detiene*) Aspiro el aroma dulzón de su sudor. Su olor me emborracha. Nunca había estado tan cerca de él,

nunca tan cerca y con tan poca ropa...

“No tengo frío”, me dice rechazando la cobija.

Duerme. Lo observo. Admiro a mis anchas su figura descubierta, la silueta de su ropa interior, sus cabellos negros.

Pasan las horas.

MIGUEL ÁNGEL: Avanza la noche, él duerme... yo no. Me acerco a su cuerpo adolescente. Nunca había estado tan tentado a tocarle. Percibo su calor y veo pequeñas gotas de sudor en la fina tela de su franelilla...

Pasan las horas. La noche es eterna.

MIGUEL ÁNGEL: David se voltea y me da la espalda. Se acuesta boca abajo y escucho su respiración haciéndose más profunda y entrecortada. Siento su pelvis que se hunde en la cama acompañada de gemidos casi inaudibles. Estoy completamente erotizado, alerta a cada movimiento, a cada respiro suyo. Inesperadamente, David de un brinco se aleja al baño.

Regresa, y se rinde al sueño inmediatamente.

Pasan las horas. La noche es eterna.

Involuntariamente, David comienza a ocupar toda la cama... se acerca a mí. Tomo respiraciones cortas y silenciosas. Su gesto me parece atractivo, de macho que reclama su espacio... que reclama todo para sí. Y yo, el hombre que con gusto le habría dado la cama... la boca... el culo... me veo obligado a darle la espalda y acercarme cada vez más a la orilla.

Silencio.

David se da vuelta y se recuesta a mi lado. No me abraza, habría dado lo que fuera por que lo hiciera. Siento su calor en mi espalda, cerca de mi cuello. ¡Tengo que hacer algo, por Dios! Reúno el valor necesario y rozó mi pie contra el suyo. Su piel es suave y al mismo tiempo firme. Estiro mi mano y la coloco junto a la suya en la almohada. ¡Experimento electricidad pura!

Nuestras manos y pies unidos, una mezcla de frío y calor que hacen estremecer mis pecho.

Mis deseos más profundos aún no están satisfechos, hubiera dado lo que fuera por poder voltearme y besarle... acariciar su entrepierna y finalmente llevar mis labios a su *bóxer* blanco...

Llega la mañana.

Pasé la noche en vilo... Eran las 6 de la mañana cuando David, semi dormido, notó que ocupaba toda la cama, dio la vuelta y se alejó al otro lado de la cama. Boca arriba como estaba, veo la silueta de su erección matutina. No importaba el cansancio de la fiesta, su miembro se había levantado antes que él. Observo el mármol que deseó esculpir con mis propias manos, con mi lengua y mi cuerpo...

Yo, exhausto de una noche de lucha contra mí mismo, no puedo resistir más, pretendo que duermo y acerco tembloroso mi mano hacia tu entrepierna... Ahí, con mi miembro a punto de reventar... mi boca reteniendo un suplicante: "David..."

Pero escapa de mis labios... escuchas tu nombre y te despiertas. Te das cuenta inmediatamente de lo que ocurre y te levantas sobresaltado... Nunca he pedido nada, David, nunca he movido un dedo por mi propia felicidad, pero hoy me acerco a ti. No siento vergüenza, pero sí un enorme temor.

Silencio.

Miras hacia la puerta y asumes posición de huida. Yo también la observo. Detrás de ella están los otros, de este lado estamos tú y yo. Esa puerta es lo único que me separa de la ruina. El miedo juega con mi mente, es casi cómico imaginar que me denuncias ante la familia en interiores y con una enorme erección...

Escucho tu respiración que se acelera. No dices nada. El terror me domina.

No puedo pensar... Oigo cosas que no son... Te escucho llamarme, decirme: "Ven, tío..." y al estar tan cerca de tus labios delicados y firmes, reacciono e intento alejarme. Te escucho decir,

“Por favor, no...”. ¡¿Qué estoy haciendo?!

“¿Por qué vienes a mí en mi hora más débil?” Te pregunto. Mi felicidad no puede estar en ti... en tus hombros, tu abdomen y tu miembro... No debo encontrarla en tu cuerpo desnudo, tu piel blanca y tus labios rosados, David.

Te acercas. Me colocas ambas manos en los hombros, con la misma dulzura con que tantas veces lo hice contigo. Dentro de mí sólo hay el anhelo de tu pecho, tus muslos y tus lunares. Logras calmarme. Te escucho una vez más, y me aseguro de no estar imaginándolo: “Sólo esta vez, *Miguel*”.

Autor: Javier Pino Betancourt.

Caracas, 04/03/2017